

Empieza por presentarse ante el pueblo con imponente aparato, sosteniendo caballos, carros y 50 guardias; mas no solo le demuestra que sabe hacer figura de rey, sino que procura congraciárselo, saludando y dirigiendo la palabra, en la puerta de la ciudad, á los que vienen á someter sus pleitos al juicio del rey. No consiente que le hagan reverencia inclinándose, sino que les da la mano y los besa; escucha pacientemente sus relaciones, y les da á entender que tal vez sus causas sean muy justas, pero que es dudoso que sean atendidos debidamente: si él fuera rey, ya sabría hacer cumplida justicia á todos. De este modo roba al rey el corazón del pueblo.

Durante cuatro años (1) se ocupa Absalon en prepararse el terreno de esta manera. El rey nada sospecha, y al contrario se alegra de que su sucesor sepa presentarse con tanta dignidad y proceder con tanta sensatez. Mas Absalon cree que sus planes han llegado ya á sazón, y bajo pretexto de que durante su destierro en Geschur había hecho voto de ofrecer un sacrificio en Hebron, pide al rey y obtiene licencia para ir allí. Es muy posible que la idea de alzar la bandera de la rebelión en aquella ciudad le fuera sugerida por el descontento producido en la antigua capital de Judá con la traslación de la residencia real á Jerusalén. Antes de ponerse en marcha envía confidentes á distintos puntos del país con el encargo de anunciar, cuando oigan los toques de trompeta, que Absalon es rey. Esto parece indicar que David no procedió tampoco con toda equidad respecto de las demás tribus. Absalon lleva consigo 200 hombres, que seguramente dependerían de él, no teniendo medios propios; y habiéndoles invitado á la fiesta del sacrificio en Hebron, van confiadamente é ignorantes de lo que ha de suceder. La conjuración estallaría probablemente cuando el vino habiaya excitado los ánimos de los comensales, y sin duda que el primero en dar la señal sería el astuto Achitofel, á quien Absalon había llamado de Gilo, al Sur de Hebron (2).

Muy inesperadamente recibe David la noticia de haber estallado la rebelión y de que amenaza adherirse á ella todo Israel. Para evitar que le sitien en Jerusalén, resuelve salir con sus tropas de la ciudad; con ellas en campo abierto, tiene un ejército á cuya fuerza difícilmente puede Absalon oponer otra igual. Una vez pasado el primer empuje de los conjurados, han de amontonarseles diariamente las dificultades para la nueva organización del gobierno, y entretanto se irán aumentando los partidarios de David.

El rey solo deja diez concubinas en el palacio de cedro; toda su demás familia y servidumbre marcha con él. Al llegar á la última casa de la ciudad se detiene y hace desfilar delante de él á los que le siguen; al pasar la guardia real, compuesta de 600 hombres, y con ella Ethai de Geth con su gente, David dirige á éste la palabra y le aconseja ó que entre al servicio de Absalon ó que se vuelva á su casa, pero que no exponga su cabeza en causa tan peligrosa; mas Ethai jura ante Jehova que estará con su señor en muerte y en vida. Sigue detrás mucho pueblo llorando y lamentándose. El rey continúa su marcha; baja la pendiente del valle del Cedron y atraviesa este torrente. Llamen entonces su atención Ebyatar y Sadoc que acompañan el Arca de la Alianza, y les manda que vuelvan con ella á Jerusalén, añadiendo que si Jehova le es propicio, ya los volverá á ver, y que en Jerusalén pueden serle mucho más útiles comunicándole las noticias importantes por medio de sus hijos Jonatan y Achimaas, las que

(1) En el texto masorético, en 2. Sam., 15, 7, se dice erróneamente cuarenta años.

(2) Este tenía con toda probabilidad motivos especiales para arriesgarse en la empresa.

aguardará él en el valle del Jordán. Obedecen los sacerdotes y se retiran con el Arca.

Subiendo el monte de los Olivos recibe David la noticia de que Achitofel, de Gilo, es uno de los conjurados; el rey se contenta con pedir á Jehova que frustre el consejo de este hombre astuto, y al propio tiempo toma por su parte las medidas necesarias para conseguirlo. Al llegar David al santuario que corona la cumbre del monte, le sale al encuentro, vestido de luto, su antiguo compañero Chusai, al cual ruega que no le siga, porque le servirá más de carga que de auxilio, mientras que puede serle de grande utilidad en Jerusalén; aconséjale que diga á Absalon que así como ha servido á su padre le servirá á él, y encárgale que procure desbaratar los consejos de Achitofel, poniéndose de acuerdo con los dos sacerdotes Ebyatar y Sadoc, los cuales se cuidarán de comunicarle las noticias que convengan por medio de sus hijos. Con esto se propone el rey adormecer á Absalon en una engañadora seguridad; la ciudad debe tener, en cuanto sea posible, su aspecto habitual, y hasta los íntimos del rey han de aparentar que se adhieren al partido del rebelde. De este modo procura David rodear á Absalon de sus partidarios más adictos y organiza un perfecto servicio de espionaje para asegurarse la comunicación con ellos. Chusai cumple el orden del rey.

Apenas se ha alejado David de la cumbre del monte de los Olivos se encuentra con Siba, el antiguo arrendador de Meribaa, que conduce dos asnos cargados de pan, pasas, fruta y un pellejo de vino, provisiones que ofrece al rey. Pregúntale éste por su señor y responde Siba que se ha quedado en Jerusalén confiado en que le será devuelto el reino de su abuelo Saul. Indignado David, regala al arrendador toda la hacienda de Meribaa.

Siguiendo su camino llega el rey á Bahurim, de donde sale un pariente de Saul, llamado Simei, echando maldiciones y arrojando piedras á David y á los que le rodean; va acompañado de los guerreros de su clan y debe de ser un hombre de calidad. *¡Vete, vete, varón de sangre!*—le grita,—*malvado! Jehova haga caer sobre tí la sangre de la casa de Saul, en lugar del cual tú has reinado, y dé el reino á tu hijo Absalon!* El fogoso Abisai pide permiso para ir á cortar la cabeza al insolente, pero David rechaza la intervención del hijo de Sarvia, diciendo que si Jehova le permite que siga maldiciendo, ¿cómo puede él castigar por eso á un benjamita de la casa de Saul, cuando su propio hijo pone asechanzas á su vida? Quizá Jehova le devolverá bien por esas maldiciones. Simei, desde el otro lado del monte, continúa persiguiéndole con sus maldiciones y arrojándole piedras. David y los suyos llegan muy fatigados á Ayephim y descansan allí.

Entretanto Absalon, con Achitofel y sus secuaces, hace su entrada en Jerusalén. Cuando Chusai le recibe al grito de «¡viva el rey!» el hijo de David le echa en cara que haya abandonado al amigo á quien debía ser fiel; mas le contesta Chusai que estará al lado del que Dios y el pueblo de Israel han elegido por rey y que servirá al hijo como ha servido al padre.

Por consejo de Achitofel, toma Absalon posesión del harem abandonado por David, y muestra á todo el pueblo que él es rey y que su padre ha sido destronado, mandando levantar una tienda en la azotea del palacio de cedro y tomando allí posesión de las concubinas de David. Lo más urgente habría sido marchar en seguida contra el exhausto y reducido contingente que había seguido al antiguo rey y derrotarlo antes de que hubiese podido rehacerse y pasar el Jordán. Achitofel lo aconseja así y pide permiso para emprender aquella misma noche la expedición con 12,000 hombres, diciendo que le será fácil dispersar al pueblo y matar á David;

que no se trata más que de la vida de un solo hombre, y que el pueblo volverá para reunirse á Absalon, como la mujer vuelve á reunirse con su marido.

Absalon desea conocer también el parecer de Chusai sobre este plan, que ha sido aprobado por los nobles que están presentes. Chusai opina que el consejo de Achitofel en este caso no es muy prudente, siendo difícil su ejecución y de peligroso resultado; Absalon debe saber que su padre y los gibborim son gente valiente y atrevida, y seguramente estarán ahora escondidos en algún desfiladero, y si consiguen sorprender las fuerzas que se envíen contra ellos y obtener la menor ventaja, el rumor público dará fácilmente mayores proporciones á ésta, perjudicando en gran manera la causa de Absalon. El aconsejaría reunir todo el contingente de Israel para caer sobre David, como el rocío sobre la tierra, y aniquilarlo por completo, y si David se encierra en una ciudad, los muros de ésta serán arrasados por todos los de Israel.

Este consejo merece la aprobación de Absalon y de los que le rodean; porque Jehova quería que viniese el mal sobre Absalon, y frustró el acertado consejo de Achitofel.

Chusai informa inmediatamente de lo que ocurre á los sacerdotes Ebyatar y Sadoc, los cuales envían á una criada con el mensaje á sus hijos, que se encuentran fuera de la ciudad junto á la fuente de Rogel, y que se ponen en el acto en camino para llevarse á David.

Pero un muchacho los ha visto y lo comunica á Absalon. Este los hace perseguir por los suyos; mas ellos se dan prisa y llegan antes que sus perseguidores á Bahurim. Una vez allí se dirigen á una casa que tiene cisterna, en la cual se ocultan, y sobre ella extiende el ama de la casa una manta, poniendo granos encima. Cuando los hombres de Absalon llegan á la casa y preguntan por los dos jóvenes, les contesta la mujer que han seguido su camino, y los hombres, después de procurar en vano alcanzarlos, regresan á Jerusalén. Los hijos de los sacerdotes buscan luego á David y le comunican las noticias que llevan. Sin titubear pasa el rey el Jordán aquella misma noche, y antes de la salida del sol se encuentra con todas sus fuerzas al otro lado del río.

Al ver Achitofel menospreciado su consejo, debió, sin duda, de sospechar lo que pasaba, y por lo mismo el próximo fin de la rebelión; por lo cual, abandonando á Absalon, se retiró á su casa y se ahorcó.

David se ha trasladado á Mahanaim, la antigua residencia de Eschbaal, y organiza allí la resistencia, recibiendo también ricos presentes de provisiones y de ajuar y utensilios domésticos de manos del rey vasallo amonita Sobi, hijo de Nachas, de Makhir-ben-Ammiel y de Barsillai, el Galaadita. En aquella ciudad instala su gobierno y reúne su ejército, dividiendo éste en tres cuerpos, mandados respectivamente por Joab, Abisai y Ethai de Geth. También Absalon pasa el Jordán con objeto de atacar á su padre, teniendo al frente de su ejército á su primo Amasa, hijo del ismaelita Jetra y de Abigail, hermana de David.

El rey desea marchar con el ejército, pero éste le suplica que permanezca en Mahanaim para poder ir á su socorro en caso necesario, y David accede á ello. Sitúase á un lado de la puerta por la que salen sus tropas, formadas en escuadrones de cien y de mil; dirige la palabra á los tres jefes, y les recomienda por su alma que traten benignamente al mozo Absalon. Trábase la batalla en el bosque de Efraim y es derrotado el pueblo de Israel, que emprende la fuga, durante la cual queda Absalon colgado de los cabellos en las ramas de un terebinto, escapándosele el mulo que monta. Un soldado lo ve y lo comunica á Joab, el cual le hace cargos porque no lo ha muerto, en cuyo caso le habría dado diez siclos de plata y un talabarte; mas el soldado le contesta que

ni por mil siclos pondrá él su mano sobre el hijo del rey, porque ha oído muy bien que David encargaba que nadie tocara á su hijo. Joab, que comprende perfectamente que la muerte de Absalon pone término á todas las dificultades, toma tres dardos y los clava en el corazón del rebelde; toca luego la corneta y manda cesar la persecución. El cadáver de Absalon es arrojado en un hoyo y cubierto con un gran montón de piedras.

Mientras dura la pelea en el bosque de Efraim está sentado el rey á la puerta de la ciudad que mira hacia el lugar de la batalla, y aguarda con ansiedad el resultado de ésta, que puede ocasionarle la pérdida del trono ó la de su hijo. Después de muerto Absalon, se ofrece á Joab, para llevar la noticia al rey, Achimaas, hijo del sacerdote Sadoc, y cuyas cualidades de ligero andar hemos tenido ocasión de conocer (1); pero el avisado Joab no acepta el ofrecimiento del joven, observándole que la noticia de la muerte del príncipe no es un mensaje de regocijo y que vale más que guarde sus servicios como mensajero para mejor ocasión. Joab da orden entonces «al negro» (2) para que vaya á informar al rey de lo que ha visto. Achimaas no puede consolarse de no hacer gala de su habilidad, y después que ha marchado el negro, dice á Joab que no ve ya mal alguno en que eche á correr detrás del otro; como vuelve á insistir, á pesar de que el caudillo le advierte que las nuevas que lleve no tendrán premio, dále al fin permiso para que vaya. El mozo satisface su deseo, consiguiendo adelantarse al negro. El vigía que está en la torre de la puerta, junto á la cual aguarda David noticias del campo de batalla, ve venir, en dirección á la ciudad, á un solo hombre, y así lo comunica á los que están abajo. El rey lo interpreta como buena señal (3). El mensajero se va acercando, cuando de pronto el vigía descubre en el horizonte á otro hombre que corre hacia la ciudad, y lo anuncia también, interpretándolo asimismo el rey como señal favorable. Entretanto se ha acercado ya lo suficiente el primero de los dos andarines para que el vigía pueda conocer por su modo de andar á Achimaas. David dice que éste es un hombre de bien, que traerá noticias agradables. Llega Achimaas á presencia del rey, al cual saluda, é inclinándose ante él, le dice: *Bendito sea Jehova, tu Dios, que ha entregado á los hombres que habían levantado su mano contra mi señor el rey.* Mas al oír la precipitada pregunta de David, pidiendo noticias del mozo Absalon, recuerda las observaciones de Joab, y contesta con una mentira: que no ha visto más que un grande alboroto, cuando Joab le despachó (4), y que no sabe nada más. El rey le manda que permanezca allí á un lado, y así lo hace Achimaas. En esto llega el rezagado, y comunica que el rey puede alegrarse, porque Jehova le ha hecho hoy justicia contra todos sus enemigos. También á éste pide el rey noticias de Absalon, y el negro, menos prudente que Achimaas, dice en el acto toda la verdad: *Tengan el fin de aquel mozo todos los enemigos del rey, y todos los que se han levantado contra tí para mal.* Al oír esta contestación por demás terminante, sobrecoje al rey un temblor, deja allí á los mensajeros sin darles orden alguna, y sube al terrado de

(1) De que el vigía le reconoce luego por su modo de andar (18, 27) se desprende que era un afamado andarín.

(2) No se ve claro quién pueda ser este «negro», *hakkúschí*. El narrador parece presuponer que es una persona muy conocida. Puede admitirse que era un guerrero israelita, del estado mayor de Joab, que tenía el apodo de «el Negro»; pero puede haber sido también un eunuco real, de origen etíope. En verdad, que habría tenido cierta gracia de parte de Joab el valerse de semejante pájaro de mal agüero para llevar el triste mensaje; con todo, para tal servicio parece que debían de ser demasiado cómodos esta clase de domésticos de casas principales.

(3) Después de una batalla perdida acuden en tropel los fugitivos.

(4) Véase la reconstrucción de 2. Sam., 18, 29, en Wellhausen.

Betsabé y le renueva solemnemente su juramento á favor de Salomon, añadiendo que quedará cumplido aquel mismo día. Convoca despues á Sadoc, Natan y Benaías, y les manda que hagan montar á Salomon la mula propia del rey y bajen con él á Gichon (1), donde Sadoc y Natan le ungrán y le proclamarán por rey de Israel, mandando tocar las trompetas. Regresarán despues con el jóven rey al palacio real para hacerle sentar en el trono. Benaías contesta á las órdenes recibidas haciendo votos por la prosperidad del reinado del futuro rey. Los compañeros de conjuración de Betsabé se disponen, sin pérdida de tiempo, para el inmediato cumplimiento del encargo que han tenido la suerte de que les sea confiado. Salomon, escoltado por la guardia real, es conducido á Gichon y luego de regreso á la fortaleza. Grandes masas de pueblo acompañan á la comitiva, con tales demostraciones de júbilo, que parece que la tierra se hunde con el clamor de ellas.

Cuando Adonías y sus comensales se disponen á levantarse de la mesa del banquete, oye Joab las trompetas y las aclamaciones del pueblo, y pregunta en voz alta qué sucede para que haya tal excitación en la ciudad. No bien ha acabado de pronunciar estas palabras, cuando llega Jonatan, el hijo de Ebyatar, al cual grita Adonías: ¡Adelántate, porque tú eres un hombre de bien, y sueles traer buenas nuevas! Mas Jonatan se excusa, y anuncia lo que está sucediendo: Salomon se ha sentado ya en el trono real, y David recibe en aquel momento las felicitaciones de sus funcionarios, felicitándose él mismo de que la gracia de Dios le haya concedido que sus ojos vean este día.

Al oír semejante nueva, el espanto cunde entre los convidados y cada uno desaparece por su lado. Adonías lo teme todo de Salomon, porque la espada de la guardia real es mas fuerte que su derecho; se refugia en el altar, y cogiendo los cornijales de éste, pide que el rey Salomon le jure aquel mismo día que le asegura su vida. Cuando Salomon sabe esto, contesta que si Adonías procede rectamente, no será tocado ni uno solo de sus cabellos, pero que tan pronto como fuere culpable perderá la vida, y manda luego que vayan á buscarle al altar. Adonías se arroja entonces á los piés del hermano que le ha sido preferido por el padre y le reconoce como rey. Salomon le ordena que se retire á su casa.

VIII. Muerte de David. Significación de David en la historia de Israel.

Segun 1. Reyes, 2, 1-9, David, antes de morir, da al nuevo rey Salomon algunos consejos, que han merecido muy justa reprobación. Despues de excitar á su hijo á que vaya siempre por los caminos de Dios, le dice que ya debe saber lo que Joab le ha hecho, matando á los dos generales Abner y Amasa cuando habia paz, manchando así su talabarte y sus sandalias con sangre inocente; que obre con él conforme á su sabiduría, y no deje descender sus canas al otro mundo en paz (2). Del mismo modo hará descender á la sepultura

(1) Esta palabra significa manantial ó fuente natural. Se ha buscado esta fuente al Oeste de Jerusalem, sin tener en cuenta que, de hallarse allí, no habria podido decir David: *bajad con Salomon*. Es asimismo improbable, por motivos geológicos, que allí hubiese habido en otro tiempo una fuente, pues las excavaciones que hasta ahora se han hecho no han descubierto rastro alguno de ella. Puede, por lo tanto, estar en lo cierto Furrer, que en el *Léxico Bíblico* de Schenkel, tomo 2, páginas 463 y 464, emite el parecer de que Gichon era el antiguo nombre de la fuente que hoy se llama de María, porque ésta, segun la leyenda, lavó allí los pañales del niño Jesus. Es ésta un manantial intermitente, situado en el valle del Cedron mas arriba de la fuente de Siloah. Véase, además de Furrer, Bädeker, en su obra ya citada varias veces, páginas 111 y siguientes, y nuestro grabado.

(2) Segun el concepto hebreo, como tambien segun el griego trans-

á Simei con sangre en sus canas, porque éste le echó fuerte maldición cuando él huía de Absalon; él juró á Simei en el Jordan que no lo mataria, pero Salomon no debe dejarle sin castigo. En cambio, deberá ser misericordioso con los hijos del galaadita Barsillai y tenerles constantemente á su mesa.

Desde luego se echa de ver que no es posible que David manchara sus últimos días con tales consejos á su hijo, y no hay para qué fijarse en lo poco conforme á sus sentimientos que está motivado el referente á Joab, á quien todo le habria perdonado menos la muerte de Absalon.

¿Cómo puede esperarse de David — que quebrantado por debilidad senil y embotado de cuerpo y espíritu camina hácia la muerte al cuidado de Abisag, y que solo á consecuencia de las pertinaces instancias de Betsabé y su bando se reanima para tomar una decision á favor de Salomon — que antes de su muerte hiciera semejante encargo, inspirado por sentimientos del mas irreconciliable odio y por tan pérfido cálculo? Conviene observar, asimismo, que el supuesto cumplimiento de tal consejo no concuerda en manera alguna con lo que se refiere. Joab pierde la vida porque es el mas firme apoyo de Adonías, al propio tiempo que éste corre hácia su perdición y que Ebyatar es desterrado. Son, pues, otros móviles muy distintos los que en realidad motivan la muerte de Joab; éste es sacrificado, no por los disgustos que haya podido causar á David, sino porque es enemigo de Salomon, y podemos muy bien suponer que 1. Reyes, 2, 1 y siguientes tiene por objeto oscurecer esto mismo. Además, toda la relación de los consejos dados por David á Salomon es de origen moderno y de procedencia deuteronomista, habiendo sido intercalada posteriormente en el relato de 1. Reyes, 1-2.

¿Mas qué interés podia tener un redactor mas moderno en descargar á Salomon de la culpabilidad en la muerte de Joab y Simei? No puede haber sido sino el de querer presentar al edificador del templo como puro de todo acto sangriento. ¡Como que despues (1. Crón., 28, 3) se llega á emitir la opinion de que á David no le fué permitido edificar el templo porque habia derramado mucha sangre!

Otro testimonio indirecto de que la mas antigua tradicion nada sabe de semejantes consejos dados á Salomon por David en la hora de su muerte, resulta de que en 2. Sam., 23, 1-7, se nos transmite el siguiente cántico, como las *Posturas palabras de David*:

«Palabras de David, hijo de Isai,
Palabras de aquel varon que fué levantado alto,
El unguido del Dios de Jacob,
El suave en cánticos de Israel:
El espíritu de Jehova me ha hablado,
Su palabra ha sido en mi lengua.
El Dios de Israel ha dicho,
Hablóme el fuerte de Israel:
El que justo gobierna los hombres,
Gobierna en temor de Dios;
El es como la luz de Dios
En la mañana, cuando sale el sol,
En la mañana sin nubes,
Cuando por el rayo del sol, despues de la lluvia, es verde la tierra.
¿No está así mi casa con Dios,
Pues ha hecho pacto eterno conmigo,
Con todo bien ordenado y guardado?
¿Toda mi salud y todo mi deseo
No lo ha hecho florecer?
Mas los malos son todos como espinas, de que se huye,
Que nadie toma con la mano.
El que tropiece con ellos, tome el hierro y el asta de la lanza,
Y con fuego sean quemados.»

mitido por los fenicios, las sombras habitan en el otro mundo en la misma figura que les era propia como hombres en el momento de la muerte; véase el Discurso del autor sobre las ideas del Antiguo Testamento acerca del estado despues de la muerte. Leipzig, 1877, pág. 17.

Ya indicamos antes que al atribuir la cronología deuteronomista á David un reinado de 33 años, se acercaba bastante á la realidad de los hechos. Hemos visto que la guerra con los amonitas solo vino despues de la expulsión de los filisteos y de la conquista de Jebus. De la tradicion, bastante incompleta, que ha llegado hasta nosotros hemos podido deducir, sin embargo, con sobrada claridad todavia, que la lucha con los filisteos abarcó varias campañas. El hijo de David y Betsabé que murió antes de nacer Salomon, fué concebido en el tercer año de la guerra con los amonitas, y quizá dado á luz tambien en el mismo año. Por lo tanto, no podemos fijar fecha mas antigua que la del quinto año de la citada guerra para el nacimiento de Salomon. Si, pues, aquel Absalon, cuya hija es mujer de Roboam, fué hermano de Salomon, no puede tener éste menos de 20 años de edad cuando sube al trono, porque ya hacia entonces varios años que Absalon habia muerto. Igual resultado obtenemos si consideramos que Absalon, que habia nacido en Hebron, no podia contar menos de 30 años en la época en que alzó la bandera de la rebelión, pues mediaron 9 años entre ésta y la muerte de Amnon. Parécenos, sin embargo, mas bien corta que aumentada la cifra de 7 años que se fija para la duración del reinado de David en Hebron. Antes que llegaran á reñir David y Eschbaal, debió de haber cierto período de consolidación del reino del Norte, y debió, asimismo, de transcurrir algun tiempo hasta que las circunstancias produjeran tal descomposicion, que la monarquía nacional israelita cayera, cual fruto maduro, á los piés de David. Ahora bien: como David ya era un guerrero afamado cuando apareció en la corte de Saul, y durante largos años luchó en favor y en contra de éste, es evidente, por estos datos, y por los demás apuntados, que debió de morir en edad muy avanzada.

Con David desaparece de la escena de la historia el mas grande hombre del antiguo Israel. No hay duda que en su carácter contrastan al lado de muchos rasgos brillantes algunas oscuras sombras. Como otros grandes hombres, sobresalía en mucho de la talla general, no solo para el bien, sino igualmente para el mal, y era además tan impetuoso en el amor como en el odio. Mas ya hemos observado que las grandes faltas que cometió, así como las debilidades de su carácter, que no deben ser ocultadas, se explican por las circunstancias de la época en que Dios le colocó, y hemos de tener presentes tambien las difíciles situaciones que tuvo que vencer en su carrera. En favor de su pueblo — si exceptuamos á Moisés — hizo mucho mas que ningun otro antes que él, sin que le igualara ninguno de los reyes posteriores. ¿Qué puede importar que con su tenacidad hubiese impedido que Saul sacudiera el yugo de los filisteos, si consideramos que en tan breve tiempo elevó á su pueblo á un grado de poderío que no habia poseído en época anterior alguna ni pudo nunca mas alcanzar? Antes desgarrado en multitud de pequeñas tribus y clanes, él convirtió la presa de sus conquistadores en la mas poderosa nacion de la Siria.

David, venciendo y dominando á los pueblos vecinos é imponiéndose á las tendencias particularistas del suyo, fué el verdadero creador del Estado israelita. Ya hemos dicho cuánto influyó con la traslación de la residencia del gobierno á Jebus, en todo el desarrollo sucesivo de su pueblo y hasta de todas aquellas comarcas; pero mucho mas importante es todavia para nosotros la influencia que ejerció su actividad creadora del Estado, de manera que hizo época, en el progreso religioso de Israel. Elevado á la categoría de nacion dominante en la Siria, el pueblo que antes habia sido oprimido por conquistadores extraños, adquirió, por primera vez, conciencia de la mision especial que estaba llamado á desempeñar entre las demás naciones; intuición que supo conservar

siempre viva, aun en las épocas mas aflictivas de su historia posterior: solo así se explica la manifestación de la idea mesiánica. En esto, y solamente en esto, consiste la significación de David en el desenvolvimiento religioso de Israel, que siempre marchó íntimamente ligado, como aquí mismo se demuestra una vez mas, con el desarrollo general de este pueblo y marchando al mismo paso. Juzgan, por lo mismo, con escaso criterio, los que hacen dimanar esta significación de David de su supuesta paternidad de la lírica religiosa. Ya hemos dicho el valor que puede tener la especie de que David compuso salmos. La antigua tradicion solo conoce á David como poeta profano, Am., 6, 5. Es un concepto completamente extraño á su época, el de una jurisdicción espiritual separada de la terrenal. La idea de que David fuera el autor de la poesía salmista, es producto del judaismo posterior al cautiverio y debida á la constante transformación de la imágen de David en el transcurso de la historia. Lo que él hizo por su pueblo explica abundantemente que en el sentir de éste fuera convirtiéndose por grados en el ideal de un verdadero y perfecto rey israelita, con relación al cual eran apreciados todos los monarcas posteriores. No solo se conservó fresca y viva su imágen, sino que la tradicion la reproducía cada vez con colorido mas puro, ocultando y disimulando lo que pudiera ser ofensivo al sentido moral de los tiempos mas modernos. Así, para el judaismo posterior, David no solo fué un poeta de santas liturgias, sino principalmente un verdadero santo. Hemos debido quitarle esta aureola, mas el rostro que aparece así puramente humano y de noble expresión, es infinitamente mas atractivo y excita infinitamente mas nuestra simpatía que aquella máscara religiosa

CAPÍTULO II

SALOMON, REY DE ISRAEL

I. El verdadero Salomon y los Salomones de la leyenda.

Sorprende que comparados con los que han llegado hasta nosotros sobre David, resulten tan escasos los antiguos datos de la tradicion respecto de Salomon. El final del relato de que ya hemos hablado nos refiere cómo Salomon se vengó de los adversarios de su candidatura al trono. Se requería proceder con suma prudencia para deshacerse de Adonías y de sus parciales. El narrador manifiesta claramente en 2, 15, por medio de ciertas palabras puestas en boca de Adonías, que el pueblo en general era favorable á éste, considerándole el legítimo sucesor al trono, y puede suponerse que la decision de David cogió de sorpresa á la mayoría del pueblo. De parte de Adonías estaban los mas antiguos y probados amigos de David, el resuelto capitán de guerra Joab y el sacerdote Ebyatar, vástago del antiguo linaje de los elidas. Por eso, en vida de éstos se apoyó Salomon principalmente en la guardia real, cuyo favor era sin duda variable y fácil de comprar por un precio estipulado.

Segun el narrador, Adonías proporcionó á su hermano de padre, favorecido por la fortuna, el deseado pretexto para deshacerse de él, con una segunda y mas grave imprudencia que la de aquel banquete en la peña de la Serpiente. Dícese que fué á ver á la reina madre Betsabé, y reconociendo ingenuamente el hecho de que habia perdido el reino por la voluntad de Dios, la suplicó que procurara obtener de su hijo, el rey, que le concediese por esposa á la bella Abisag de Sunam. Como la doncella no habia llegado á ser mujer de David, esta petición, materialmente considerada, nada tenia de irregular. Sin embargo, Abisag no dejaba de formar parte de la casa real, y Adonías tenia toda clase de razones para evi-

la puerta, exclamando: ¡Hijo mio, Absalon, hijo mio, hijo mio Absalon! ¡Quién me diera que muriera yo en tu lugar! ¡Absalon, hijo mio, hijo mio!

Mientras el rey se abandona á su dolor en el terrado de la puerta, aproximase el ejército victorioso, para hacer su entrada en la ciudad. La noticia del desconsuelo del rey llena de tristeza y de vergüenza el corazón de todos. Furtivamente se introducen los valientes en la ciudad, no como si vinieran del campo del honor sino como si hubiesen huido vergonzosamente delante del enemigo. Este proceder de David, que honra al padre, pero que no sienta bien en el rey, irrita á Joab, el cual se le presenta y le echa en cara su ingratitud; dícele que ya ve que al rey le habría satisfecho mas que él mismo y todo el pueblo hubiesen muerto, y que Absalon fuera vivo todavía, é incítale á que salga y halague á las gentes para que no se dispersen aquella misma noche y le venga un mal mayor que todos los que le han sobrevenido hasta entonces. Cede David y colócase á la puerta, donde se reúne todo el pueblo en torno suyo.

Después de la muerte de Absalon no se necesitaba ya la espada, sino proceder cuerdamente, para que todo Israel volviese á acatar la autoridad del rey. El pueblo reconoció pronto que había procedido con mucha ingratitud hacia el rey que le había salvado de manos de los filisteos. David, por su parte, entabla negociaciones, por mediación de Sadoc y Ebyatar, con los nobles de Judá. Estos sacerdotes preguntan á los personajes judaitas por qué ellos, que están mas cerca del rey, han de ser los últimos en irle á buscar. A Amasa gana David ofreciéndole, ya sea ofuscado por ruin sed de venganza, ya sea por indigna sospecha de lo que puede suceder, el cargo que desempeña Joab. Así se atrae á Judá, y ésta le ruega que vuelva. El rey marcha hacia el Jordan, mientras que Judá sale en dirección á Gilgal para recibir solemnemente al rey.

Con los judaitas marcha también Simei, al frente de mil benjamitas. El colono de Saul, Siba, sale á recibir á David, con sus hijos y sus siervos, para transportar la casa (familia) de David al otro lado del Jordan y ser útil en todo lo que pueda mandarsele. Después de pasado el río, encuentra el rey á Simei y á los judaitas. Simei se arroja á sus pies y le pide perdón; reconoce que ha faltado, pero ya se presenta como el primero de la casa de José para saludar al rey. Abisaf opina que debe morir, porque ha afrontado al ungido de Jehová; mas David le rechaza otra vez diciendo: *¿Qué tenéis que ver vosotros conmigo, hijos de Sarvia, que me habéis de ser hoy tentadores? ¡Ha de morir hoy nadie en Israel, cuando reconozco que soy rey sobre Israel!* y jura á Simei que no morirá.

Preséntase luego Meribaal al rey. Desde que David tuvo que huir, ha llevado luto, no ha cortado sus uñas, ni cuidándose la barba, ni tampoco ha mandado lavar su ropa. David le pregunta: *¿Por qué no fuiste conmigo, Meribaal?* y él le contesta que su siervo le había abandonado cuando, como es lisiado, había mandado ensillar su asno para seguir al rey; que Siba le había calumniado en su ánimo, pero que el rey es el ángel de Dios y hará como bien le pareciere; que toda su casa ha merecido la muerte, y habiendo sido acogido él en la corte, nada mas tiene que pedir al rey. David no parece dispuesto á investigar el caso, y le corta la palabra; acaba de ver de nuevo el celo de Siba, y difícil será averiguar la verdad. Manda que Meribaal y Siba dividan entre sí la hacienda; pero aquel replica que ya que el rey ha vuelto en paz, no le importa que Siba se quede con toda ella.

También el rico galaadita Barsillai, que había estado al lado de David en Mahanaim, le da escolta hasta el Jordan, donde se despide de él. El rey le invita á que pase el río y vaya á vivir con él en Jerusalen; mas Barsillai se excusa,

diciendo que tiene 80 años de edad y difícilmente podrá cambiar su modo de vida, y pidiendo que le sea permitido regresar á su ciudad para morir en ella; en Jerusalen solo sería una carga para el rey. David le deja marchar, pero se lleva consigo á su hijo Kimham.

El rey, escoltado por los judaitas y la mitad del contingente militar de Israel, marcha á Gilgal, adonde acuden también los demás israelitas. Estos se manifiestan ofendidos de que David no les haya aguardado antes de pasar el Jordan, y se quejan amargamente á él de que haya permitido que los judaitas fueran á buscarle á la orilla del río sin dar aviso de ello á todas las demás tribus. Esto origina una discusión entre judaitas é israelitas sobre quiénes de ellos tienen mas derecho al rey. Los judaitas alegan que son sus parientes y que nada han comido de él. Mas los israelitas replican que ellos tienen diez manos en el rey y son los primogénitos (LXX). ¿Por qué se ha desatendido su deseo de ir á buscar al rey?

La excitación que de nuevo se produce en las tribus del Norte con este motivo, es aprovechada por un benjamita ambicioso, Scheba-ben-Bikri, para promover otra vez la rebelión. Este hombre manda tocar las trompetas y alzar el grito de:

«Ninguna parte tenemos en David
Ni heredad en el hijo de Isaf.
¡Cada uno á su tienda, Israel!»

Los israelitas se separan de David y siguen á Scheba. Mas Judá rodea á su rey, y le acompaña desde el Jordan hasta Jerusalen. Toma David posesión de su palacio, alejando de él á las concubinas de que abusó Absalon, que son encerradas en una vivienda especial, en la cual permanecen como viudas hasta su muerte.

David ordena en seguida á su nuevo jefe militar, Amasa, que tenga reunido dentro de tres días el contingente de guerra de Judá y se presente luego para recibir nuevas órdenes. Marcha Amasa, pero no comparece en el plazo fijado. Entonces el rey manda á Abisaf que con la guardia real y la gente de Joab emprenda la persecución de Scheba. Cuando llegan á la grande peña, en Gabaon, les sale al encuentro Amasa (es de suponer con las tropas que fué á buscar). Joab lleva una daga ceñida por encima del manto, y mientras saluda amistosamente á su primo Amasa, teniéndole cogida con la diestra la barba, para besarlo, se le cae de la vaina, como por casualidad, la daga; la empuña rápidamente con la mano izquierda y la hunde en el cuerpo del confiado Amasa, desplomándose éste en medio del camino y revolcándose en su sangre. De esta manera el ambicioso y violento caudillo se deshace de su rival.

Consumado el acto, siguen su marcha Joab y Abisaf, dejando junto al herido á uno de sus siervos, que grita: *¡Quién amare á Joab y á David, vaya en pos de Joab!* Pero á pesar de estas voces, dadas por orden de los hijos de Sarvia, se paran numerosos grupos junto al cuerpo de Amasa, que yace en su propia sangre; por lo que el siervo de Joab aparta el cadáver del camino hacia el campo inmediato, y lo cubre con un manto; entonces sigue el pueblo á Joab.

El capitán de David persigue á Scheba por todas las tribus de Israel en dirección al Norte. En Abel-Bet-Maakha encuentra asilo el fugitivo. Joab pone cerco á la ciudad y abre brecha en la muralla para dar el asalto. Entonces se presenta una mujer sabia sobre el muro y manifiesta que desea hablar con Joab; éste acude, y ella, recordándole que en Abel se han conservado siempre puras las antiguas costumbres israelitas, le pregunta por qué pretende destruir ciudad tan fiel. El caudillo contesta que no desea tal cosa, sino solo que le entreguen á Scheba. La mujer promete que su cabeza será

arrojada por encima del muro. Así sucede, y Joab se retira con su ejército.

VII. Consagración de Salomon.

Un hecho violento había abierto á David el camino para llegar al trono de la nación israelita, y por un acto de fuerza fué asimismo designado su sucesor; porque eso y una injusticia, según todo sentimiento humano, fué la consagración de Salomon como sucesor de David. El suceso ocurre en los últimos tiempos de este rey, quizá poco antes de su muerte. No se nos indica la distancia de tiempo que media entre él y la rebelión y derrota de Absalon y de Scheba; pero no debemos tenerla por demasiado corta, porque David, que entonces se había mostrado todavía completamente á la altura de la situación, superior en perspicacia á sus consejeros, del todo independiente en sus decisiones, y necesitando que le contengan los que le rodean para que no tome parte personal en la lucha, se encuentra ya gastado de cuerpo y de espíritu, y convertido en un anciano dominado por las intrigas del harem y de la corte.

Después del desgraciado fin de Absalon, su hermano Adonías, que le seguía en edad y quinto hijo de David, era el legítimo sucesor al trono de su padre. Como á Absalon atribúyesele hermosa é imponente figura; orgulloso de su posición y seguro del porvenir, sostiene también carros y caballos, y 50 guardias. David le deja vivir confiado, afirmando así mas sus esperanzas. Parece, sin embargo, que la ambiciosa Betsabé consigue que el rey preste oídos á su plan de que Salomon, su segundo hijo, le suceda en el trono de Israel. Se nos refiere que David ha jurado á su esposa favorita satisfacer este deseo suyo. Sea de ello lo que fuere, en todo caso se echa de ver que David, á quien la ancianidad ha vuelto indeciso y vacilante, no ha tomado una resolución del todo definitiva y que le obligue. Caduco y friolento, no consigue entrar en calor, ni siquiera acostado en su lecho y abrigado cuidadosamente. Sus íntimos domésticos le llevan una hermosa moza, Abisaf, de Sunam (1), para que con su lozano y joven cuerpo caliente el del anciano héroe; pero éste, tan hastiado del amor de las mujeres como de la vida, no la toca. La doncella, sin embargo, le cuida como si fuera su hija.

Mas si el rey, en tan triste estado, no se cuida de la designación de su sucesor, en cambio sus cortesanos tratan con afán de esta cuestión, que los tiene divididos en dos partidos. Al lado del heredero legítimo están los antiguos compañeros de David, Joab, el caudillo guerrero, y Ebyatar, el sacerdote, que son los representantes de las antiguas tradiciones; la mayoría de los funcionarios judaitas del rey es también favorable á Adonías. Betsabé, en cambio, ha ganado para sus planes al segundo sacerdote Sadoc, al profeta Natan y — lo que en semejante situación era lo mas importante — á Benafías, jefe de la guardia real, y con él á ésta también (2). Por esto se ve que se han constituido muy naturalmente dos partidos, que están frente á frente. Los amigos de Salomon han hecho carrera en la corte del rey, y debían de ser considerados en cierto modo como advenedizos é intrusos por hombres como Ebyatar y Joab; es probable, asimismo, que los judaitas que de antiguo acompañaban á David y el jefe del contingente popular no miraran con buenos ojos á la guardia real.

(1) De ahí que se llame Sulamita (por Sunamita) aquella figura ideal de una doncella hebrea en el Cantar de los Cantares, 7, 1.

(2) También se indican como partidarios de Adonías, á Simei y Rei, que no se nos dice quiénes sean; es probable que se aluda á dos oficiales de la guardia real, que gozarían de cierta influencia en ésta, pero de los cuales nada mas sabemos. Esta es una prueba mas de lo incompleto de las noticias que tenemos de aquellos tiempos.

En este estado de cosas era de prever una guerra civil si David moría sin haber tomado una decisión, á no ser que uno de los dos partidos consiguiera inmediatamente después de la muerte del rey desconcertar al otro, sorprendiéndole con un hecho consumado. Para evitar esto, como también para sacar ventaja de cualquier desliz del contrario, es de suponer que ambos partidos se vigilarían escrupulosamente. Además, podía darse el caso de que se alcanzara el fin deseado aun antes de la muerte de David; y por fortuna del joven Estado, sucedió esto último. Sobre los medios de que se valió el partido de Betsabé para conseguir en vida de David una decisión á favor de Salomon, tenemos en 1. Reyes, 1, un relato bastante comprensivo, y que por cierto no procede de este campo. No es esta circunstancia, sin embargo, segura garantía de que el redactor haya tenido informes verdaderamente exactos de los sucesos que en aquella ocasión se desarrollaron en torno del rey, y de la participación en ellos tuvieron los varios conjurados; y debemos advertir aquí que las palabras puestas en boca de los personajes que actúan, no proceden de tradición, sino que son la forma dada á ésta por el narrador. Según 1. Reyes, 1, Adonías, harto confiado en su futuro triunfo, menospreciando los dictados de la prudencia, y sin hacer memoria tampoco de los ominosos banquetes de sacrificios en Baal-Hasor y en Hebron, organiza una fiesta por el estilo junto á la peña de la Serpiente, cerca de la fuente de Rogel (3). Convida á ella á todos sus hermanos, menos á Salomon; convida también á Joab y á Ebyatar, mas no á Natan, ni á Benafías, ni á Sadoc; son igualmente invitados muchos servidores judaitas del rey. Propónese, sin duda, Adonías conquistar prosélitos sin excitar la atención de sus contrarios, pero comete de este modo la imprudencia de dejar al rey desamparado de sus amigos y abandonado á aquellos que sabrán hacer uso conveniente del arma puesta en sus manos al no invitar á Salomon á la fiesta; y así, por tercera vez, un banquete de sacrificios representa un importante papel en la vida de David.

Natan, que ha tenido noticia del tal banquete, se avista sin pérdida de tiempo con Betsabé, y acuerdan los dos que uno tras otro irán á ver á David y le comunicarán que Adonías se ha hecho proclamar rey. Según el narrador, Betsabé es la que da el primer paso. Trasládase al aposento del rey, se arroja á sus pies, y al preguntarle David qué tiene, contesta que él le había jurado que su hijo Salomon le sucedería como rey (4), pero que, sin su consentimiento, ya lo es Adonías. Este ha dado un gran banquete de sacrificios, convidando á los príncipes, á Joab y á Ebyatar, pero no á Salomon. Todo Israel tiene los ojos fijados en el rey, aguardando que anuncie quién ha de sentarse en su trono después de él. Si no se hace esto y muere David, ella y Salomon serán tenidos por culpables y estarán perdidos. Mientras está hablando todavía Betsabé con el rey, es anunciado Natan, que pasa adelante tan pronto como Betsabé es despedida. Confirma el profeta los asertos de la esposa favorita, tanto por lo que se refiere á la promesa de David en favor de Salomon, como tocante al proceder de Adonías; añade que los convidados de éste han gritado: *¡Viva el rey Adonías!* y pregunta si David lo ha dispuesto así, sin hacer saber á sus siervos quién ha de ocupar su trono después de él.

Terminada la audiencia de Natan, David manda llamar á

(3) Muy probablemente idéntica á la llamada fuente de Job, situada mas abajo del punto en que se toca el valle del Cedron con el de Bene-Hinnom; véase Bäckker, en su obra ya citada, pág. 113. En todo caso, la peña de la Serpiente sería una peña sagrada.

(4) No se ve claro si, en opinión del narrador, había existido efectivamente tal juramento, ó si es Betsabé quien lo hace creer así al chocho anciano.